

# Tiempo de decisiones

Demetrio Boersner\*



Durante el mes transcurrido, tanto a nivel global como en los planos geográficos regionales, los dirigentes se han visto enfrentados a importantes decisiones que pueden afectar profundamente la vida de sus pueblos. El presidente de Estados Unidos debe decidir si acepta el riesgo de una verdadera guerra en Afganistán, o si adopta una estrategia novedosa para combatir al terrorismo islamista. Europa acaba de adoptar la decisión de reanudar la marcha hacia una identidad inconfundible en el escenario mundial

A lo largo de tres milenios, Afganistán ha sido un país difícil de controlar: hasta Alejandro Magno tuvo que abandonar su intento de conquista militar completa y conformarse con una influencia predominante pero no exclusiva. En la época del *Gran Juego* (1813-1907), ni Inglaterra ni Rusia pudieron dominar a los afganos. Finalmente, entre 1979 y 1989, la URSS fracasó desastrosamente en su invasión a ese país.

Las tierras montañosas constituyen reductos ideales para la guerra asimétrica o resistencia interminable a toda ocupación militar foránea. Al mismo tiempo, la cordillera descentraliza a su propia población nativa, pues al obligarla a dispersarse de valle en valle, alienta su división en entidades étnicas o cantonales separadas y dificulta la formación de una nacionalidad única. La geografía afgana conspira pues, tanto contra un control militar foráneo, como contra un centralismo institucional interno. A pesar de ello, estos son los objetivos que persigue la corriente voluntarista y ahistórica encabezada en Estados Unidos por el general Stanley McChrystal, comandante de las fuerzas occidentales en Afganistán.

Los argumentos de McChrystal, quien pide un fuerte aumento de la presencia militar occidental, y de la derecha norteamericana que lo apoya, se basan en la idea de que el Occidente no debe abandonar a sus protegidos ni mostrarse débil ante enemigos implacables. En cambio, la centroizquierda argumenta que más eficaz sería fortalecer la resistencia de los afganos mismos contra los talibanes, mediante asistencia y asesoramiento a fuerzas locales, además de ayuda económica, social, cultural y política. Una mayor intervención militar de Estados Unidos –dicen–, unificaría más a los musulmanes en contra del Occidente y se saldaría finalmente en un segundo *Vietnam* humillante y catastrófico. Aconsejan concentrar la acción bélica en operaciones especializadas y expertas contra individuos o grupos dirigentes de Al Qaeda (concentrados más en territorio paquistaní que afgano) y no contra los talibanes que, en su mayoría, están más in-

teresados en medievalizar su propio país que en atacar a los Estados Unidos. Asimismo opinan que, en vez de imponer al Afganistán un mayor centralismo político, habría que vigorizar la pirámide federal de órganos deliberantes tradicionales.

La decisión que el presidente Obama termine por tomar sobre este tema determinará en gran medida si, en el futuro, Estados Unidos se inclinará más hacia las estrategias militaristas y compulsivas, o hacia las que toman en cuenta las enseñanzas de la historia, la diversidad y complejidad de las sociedades y culturas, y la importancia del multilateralismo.

#### LA UE RATIFICA SU VOLUNTAD DE SER

El proceso de integración de Europa Occidental constituyó, durante el medio siglo comprendido entre los años 1950 y 2000, una demostración admirable de vitalidad, creatividad y auténtico espíritu democrático, y sirvió de modelo a todos los demás ensayos de integración regional iniciados en el mundo. En su marcha hacia una mayor unidad económica, social, cultural y política, basada en la democracia y en la economía social de mercado (capitalismo *renano* o *con rostro humano*), Europa ofrecía a los países en desarrollo una esperanza de diálogo constructivo para superar las desigualdades existentes. Con la *economía más grande del mundo* y su avanzada ciencia, tecnología y cultura, Europa Occidental disfrutaba de un grande y merecido poder y prestigio universal. Los tratados de Maastricht (1992) y de Ámsterdam (1997), creando la Unión Europea con claro perfil político e institucional, y la unión monetaria que culminó el 1 de enero de 1999, marcaron la que parecía ser una década triunfal para el viejo continente heredero de tantas miserias y glorias pasadas.

Sin embargo, a partir del año 2000 Europa entró en un periodo de dificultades y de dudas sobre su propio porvenir. Con base a decisiones tomadas a partir de 1998, se abrieron negociaciones con los países ex comunistas de Europa centro-oriental para su futuro ingreso a la UE. Ello significó que la Unión se concentraría más en los problemas internos del continente y menos en sus relaciones con el mundo externo. En el año 2004, diez nuevos estados miembros –casi todos con problemas de atraso y desajuste económico– ingresaron a la Unión Europea cuyos miembros viejos tuvieron que hacer sacrificios a favor de los nuevos. Ello causó fricciones y reacciones hostiles por parte de los sectores más derechistas de la población europea, cuyos sentimientos xenófobos se dirigieron, al mismo tiempo, contra los inmigrantes asiáticos, africanos y latinoamericanos, y sobre todo contra los musulmanes. Se profundizó el pesimismo de muchos europeos acerca de sus problemas estructurales (envejecimiento demográfico, debilitamiento cultural, pérdida de fe, e *islamización*). En 2005 fracasó el intento de reanimar el optimismo mediante la adopción de una Constitución europea que fortaleciera y al mismo tiempo democratizara las instituciones políticas comunes y definiera nuevos objetivos convincentes de libertad y justicia. Sin embargo, en Francia y en Holanda la alianza de *euroescépticos* de extrema derecha y extrema izquierda logró derrotar ese proyecto en sendos referendos.

En diciembre de 2007, las corrientes favorables al avance de la unidad europea lograron reformular el contenido esencial del derrotado proyecto de constitución en el texto del tratado de Lisboa. Ese proyecto también encontró obstáculos, en Irlanda que lo rechazó en 2008 y sólo lo aprobó en 2009, y en la República Checa cuyo parlamento y presidente vacilaron a última hora antes de ratificar y firmarlo. Pero por fin, el 3 de noviembre de 2009, entró en vigencia este nuevo instrumento que prevé la creación de los cargos de presidente y de ministro de relaciones exteriores de la Unión, así como la democratización de todos sus órganos deliberantes y ejecutivos, junto con la ampliación de las decisiones que podrán ser tomadas por mayoría (y no por unanimidad) de los estados miembros y sus pueblos. Con ello, Europa reafirma su voluntad de jugar un papel dinámico y soberano en el naciente orden internacional multipolar.

\*Miembro del Consejo de Redacción.

